

nos echar los puentes, iba á acometernos en el momento en que aún no habíamos acabado de pasarlos y en que estábamos repartidos en las dos márgenes del Berezina. Por fortuna Tchitchakoff se había engañado completamente acerca del punto que debía servirnos de paso. Llegando por el camino de Minks, habiéndose podido convencer por sus propios ojos de los esfuerzos que habíamos dedicado á abastecernos por este punto, debió considerar á Borisow y á Minks como los puntos por los cuales volvería Napoleón hacia Wilna. La presencia del príncipe de Schwartzberg en las inmediaciones de este camino era una razón más para que creyera que lo tomaría Napoleón para incorporarse la hueste austro-sajona. Añádase que, informado Kutusoff por las relaciones de los espías de que el camino de Minks era del ejército francés, le advirtió que estuviera alerta hacia Borisow y por más abajo. Para Tchitchakoff, que á la vez tenía en Kutusoff un jefe y un enemigo, desde que le reemplazó en Oriente, era de grande importancia este aviso. Engañarse con Kutusoff tenía excusa; engañarse solo carecía de ella. Finalmente, las demostraciones de paso ordenadas por Napoleón hacia más abajo de Borisow, fueron la última causa de su engaño, y habiendo insinuado el general Tchaplitz al almirante Tchitchakoff los preparativos que descubría en Studianka, éstos, los únicos formales, fueron considerados por aquel jefe como simples demostraciones destinadas á ilusionarle. Así no le tuvimos encima el 26 ni el 27, concentrado como se hallaba más abajo de Borisow. Con todo, habiendo visto muy á las claras las tropas ligeras del general Tchaplitz el paso de un ejército la tarde del 26 y la mañana del 27, acabó por desengañarse el general del ejército de Oriente, y resolvió atacarnos con violencia sobre la orilla derecha. Mas no queriéndolo hacer sino en combinación con los otros dos ejércitos rusos situados á la orilla izquierda, apresuróse á comunicarse con ellos, y les propuso un ataque enérgico simultáneo para el día 28. Sobre el punto de paso elegido por los franceses debía llevar el grueso de sus tropas, y procurar arrollar sobre el Berezina á cuantos lo habían cruzado, mientras Kutusoff y Wittgenstein probaran á precipitar allí á cuantos quedaban por trasladarse á la otra orilla. A fin de enlazar sus movimientos, ideó Tchitchakoff hacer que pasara su retaguardia por los restos del quemado puente de Borisow, y ponerse en comunicación con Kutusoff y Wittgenstein por este medio. Podía disponer de unos treinta ó treinta y dos mil hombres, entre ellos diez ó doce mil de caballería, que no ofrecía ventaja sobre el terreno donde se iba á trabar la pelea.

Por lo que hace á Kutusoff y á Wittgenstein, su situación era la siguiente. Kutusoff, que creía haber desempeñado su tarea con entregar en Krasnoe á Napoleón casi vencido á los dos ejércitos rusos del Dwina y del Dnieper, y que por otra parte no sentía el más remoto deseo de contribuir á la gloria de Tchitchakoff, y hallaba extenuados á sus soldados, se detuvo junto al Dnieper, en Kopsis, á fin de proporcionar algún descanso á sus tropas y de restituirles algo de conjunto, porque también se hallaban en un estado muy miserable. Se había, pues, contentado con enviar más allá del Dnieper á Platow, á Miloradowitch y á Yermoloff con una vanguardia de cerca de diez mil hombres.

Llegadas á Lochnitza estas tropas, se hallaban prontas á contribuir con Tchitchakoff y Wittgenstein á la destrucción de la hueste francesa. Habiendo seguido Wittgenstein lo mismo que Steinghel al cuerpo del mariscal Víctor, se hallaba á espaldas de éste con unos treinta mil hombres y dispuesto á caerle encima con todas sus fuerzas para arrojarle al Berezina. A setenta y dos mil hombres ascendían, por tanto, sin contar los treinta mil con que se había quedado atrás Kutusoff, los que iban á caer por la espalda sobre los doce ó trece mil hombres de Víctor, y por el frente sobre los nueve mil de Oudinot y los siete ú ocho mil de la guardia. Eugenio, Davout, Junot, todos en marcha hacia Zembín, no estaban en aptitud de servir sobre este punto, y veintiocho ó treinta mil hombres, repartidos á las dos márgenes del Berezina y molestados por cuarenta mil rezagados, iban á habérselas de frente y por la espalda con setenta y dos mil hombres durante la difícil operación del paso de un río.

Esta lucha comenzó el 27 por la noche. La infortunada división francesa de Partouneaux, la mejor de las tres de Víctor, recibió órdenes de Napoleón para mantenerse aún todo el día 27 delante de Borisow, á fin de contener y de engañar allí á Tchitchakoff. En esta posición estaba separada del resto de su cuerpo, que se hallaba concentrado en rededor de Studianka, por tres leguas de bosques y de pantanos. De consiguiente era de temer que fuese cortada de resultados de la llegada de las tropas de Platow, de Miloradowitch y de Yermoloff, que nos habían seguido por el camino real de Orscha á Borisow. Esta triste circunstancia, tan fácil de prever, se había realizado en efecto, y operando la vanguardia de Miloradowitch su unión con Wittgenstein y Steinghel sobre el camino de Orscha, se interpuso entre la división de Partouneaux, situada en Borisow, y las dos divisiones de Víctor, encargadas de cubrir á Studianka. Cortada estaba, pues, la infeliz división de Partouneaux, á no ser que, siguiendo á lo largo del Berezina por entre bosques y pantanos, consiguiera unirse al cuerpo de Víctor por el camino que Oudinot había tomado el día antes para remontarse á Studianka. Durante la noche del 27 echó de ver el general Partouneaux la situación ésta, que, peligrosa de suyo, se hacía más desesperada de hora en hora.

En el instante en que se sentía asaltado por el camino de Orscha, vióse de repente acometido del otro lado por las tropas de Tchitchakoff, que probaban á pasar el Berezina sobre los restos del puente de Borisow. A los inmensos peligros de que estaba amenazado se agregaba el embarazo horroroso de muchos millares de rezagados, que en la creencia de que por más abajo de Borisow iba á ser el paso del río, se habían agolpado allí con sus bagajes y aguardaban en vano la construcción de puentes. Para engañar mejor al enemigo, se les había también engañado á ellos, é iban á ser sacrificados juntamente con la división de Partouneaux á la terrible necesidad de mantener á Tchitchakoff en el engaño. Siendo de instante en instante más evidente el peligro de ser envuelto, llegando de todas partes las balas, muy luego el desorden y la confusión tocaron á su colmo, y queriendo las tres pequeñas brigadas de Partouneaux formarse para defenderse, se hallaron como inundadas por algunos millares de infelices que prorrum-

pían en gritos, se precipitaban en sus filas é impedían toda maniobra. A esta escena desgarradora añadían sus clamores y su espanto las mujeres que formaban parte de los bagajes. A pesar de todo, resolvió el general Partouneaux abrirse paso, y saliendo de Borisow con la izquierda sobre el Berezina y la derecha sobre las colinas de Staroi-Borisow, procuró remontarse por entre el dédalo de bosques y de pantanos helados que le separaban de Studianka. Formado en tantas columnas como eran sus brigadas, avanzó con la cabeza baja y determinado á perecer ó á abrirse camino. Cuatro mil hombres tenía para resistir á cuarenta mil de los rusos. Seguidas las tres brigadas de la baranda espantosa, al principio hicieron algún progreso; mas recibidas de frente por toda la artillería contraria, situada sobre las cumbres, asaltadas á la cola por caballería innumerable, fueron horriblemente maltratadas.

El general Partouneaux, que marchaba con la brigada de la derecha, la más amenazada, quiso salvarse, torció á la derecha bastante, no tardó en verse separado de sus otras dos brigadas, y fué envuelto y casi destruído. No cedió sin embargo, ni quiso rendirse á pesar de muchas intimaciones, sino que siguió peleando. Sus dos brigadas de la izquierda, aisladas y todo, imitaron su ejemplo sin recibir orden alguna. Extenuado también el enemigo suspendió su fuego á eso de media noche, muy seguro de apoderarse hasta del último hombre de aquel puñado de valientes, que se obstinaban en hacerse degollar con heroísmo. Esperaba que la evidencia de la situación les impulsaría á capitular y le ahorraría mayor efusión de sangre. Al despuntar la aurora del 28, intimaron de nuevo la rendición los generales rusos al general Partouneaux, que se mantenía de pie sobre la nieve con cuatrocientos ó quinientos hombres, le manifestaron que no le quedaba recurso, y que estaba reducido á hacer matar los pocos soldados que aún tenía en torno, y se rindió ó más bien fué cogido con la desesperación en el alma. Las otras dos brigadas, á las cuales se comunicó esta noticia, depusieron las armas, y los rusos hicieron dos mil prisioneros, única reliquia de cuatro mil y algunos centenares de hombres (1). Sólo un batallón de trescientos hombres logró á favor de las tinieblas remontar el Berezina y llegar á Studianka. Seguidamente los cosacos pudieron recoger á lanzadas algunos millares de rezagados que se hallaban en el mismo atolladero.

Durante esta cruel noche se oyeron en Studianka, hacia el lado de Borisow, el fuego de la fusilería y el cañoneo. Napoleón estaba zozobroso, y el mariscal Víctor más todavía, pues hacia el punto en que se hallaba podía apreciar mucho mejor el peligro de su principal división, y juzgaba que la orden de permanecer en Bo-

risow era una precaución inútil, y bárbara de consiguiente, ya que después del paso del 26 y sobre todo del 27, no era posible prolongar la ilusión del enemigo, y por tanto sin provecho se exponía á perecer á cuatro mil hombres, cuya conservación era de incalculable precio. Pero agobiaban el espíritu desvelos de tantas clases que apenas se sentían los nuevos que llegaban á asaltarle de minuto en minuto. Se pasó aquella noche en medio de crueles inquietudes, pero cuando el silencio sobrevenido por la mañana pudiera revelarnos la catástrofe de la división de Partouneaux, comenzó el fuego á las dos márgenes del Berezina, á la derecha contra aquellas de nuestras tropas que habían pasado, y á la izquierda contra las que cubrían el fin del paso. Desde entonces ya no se pensó más que en pelear. Muy luego sonaron con extremada violencia el fuego de fusilería y el cañoneo, y corriendo Napoleón de continuo á caballo de un lado á otro, iba á asegurarse ora de si Oudinot se mantenía firme contra Tchitchakoff, ora de si Eblé continuaba manteniendo sus puentes y de si Víctor, á quien se veía empeñado con Wittgenstein, era arrojado á las heladas olas del Berezina con la muchedumbre que aún no lo había pasado.

Aunque por todas partes era terrible el fuego y se llevaba millares de víctimas, todas las cuales debían sucumbir sobre aquel campo lúgubre, nos manteníamos á una y otra orilla. Según se ha visto, los generales rusos habían convenido en asaltar á los franceses por las dos márgenes del Berezina, y de precipitarles juntos, si les era posible, en sus aguas. Por fortuna la presencia de Napoleón y del grande ejército les intimidaba tanto, que, aun teniendo todas las ventajas de la situación y del número, obraban con extremada reserva, y no nos estrechaban con el vigor que hubiera podido determinar nuestra ruina.

Desde por la mañana tuvo que habérselas el mariscal Oudinot con las tropas de Tchaplitz y de Palhen, apoyadas por el resto de las fuerzas de Tchitchakoff y por un destacamento de Yermoloff, que, para unirseles, había cruzado el Berezina sobre los restos separados del puente de Borisow. El terreno sobre que se combatía, llamado granja de Brill y situado sobre la orilla derecha á la misma altura que Studianka sobre la izquierda, era una serie de bosques de abetos, en los cuales se habían hecho numerosas cortas. Aún cubrían la tierra los árboles derribados. De consiguiente el campo de batalla era más adecuado para combate de guerrillas que para grandes ataques en línea, circunstancia muy propicia para nuestros soldados tan inteligentes como valerosos. El mariscal Oudinot con las divisiones de Legrand y de Maisón con los mil doscientos coraceros del general Doumerc, y los setecientos jinetes ligeros del general Corbineau sostenía una tenaz lucha en aquellos bosques, alternativamente muy espesos ó presentando vastísimos claros. Era un combate de tiradores de los más vivos, de los más mortíferos y del todo ventajoso para nuestros soldados. Los generales Maisón, Legrand y Dombrowski, dirigiendo sus tropas con tanta habilidad como vigor, ora llenando los bosques de una nube de tiradores, ora dando cargas á la bayoneta cuando tenían espacio, acabaron por ganar terreno y por rechazar á Tchaplitz y á Palhen sobre el grueso del cuerpo de Tchitchakoff. El mariscal Oudinot que, desgraciado

(1) Mr. de Boutourlin, siempre pródigo de guarismos increíbles, á pesar de su imparcialidad de apreciación, habla de siete mil prisioneros hechos á una división que no constaba más que de cuatro mil hombres, dos mil de los cuales habían sucumbido en la pelea. No hacemos este reparo más que en obsequio de la verdad, porque estos desastres, cuyo relato nos desgarran el corazón, son harto grandes para que tengamos ningún interés en disminuirlos, ni lo pueden tampoco tener nuestros enemigos en exagerarlos. No habiendo salvado más que nuestra gloria, poco importa haber salvado algunos hombres más, cuando por desgracia es positivo que casi todo el ejército estaba destruído ó disperso al fin de la campaña. (N. del A.)

siempre en el fuego, se mostraba tan pronto á exponer su persona cual si nunca le hubieran tocado las balas, fué herido y apartado del campo de batalla. Lo fué también el general Legrand, y por orden de Napoleón acudió Ney para reemplazar á Oudinot. A los dos mil hombres que próximamente quedaban de los cuerpos de Ney y de Poniatowski, había agregado Napoleón mil quinientos hombres de la división del Vístula á las órdenes de Claparede. De reserva tenía á Mortier con dos mil hombres de la joven guardia, á Lefebvre con tres mil y quinientos de la vieja y cerca de quinientos jinetes, último resto de sus granaderos y cazadores de á caballo.

Con la presencia de Ney bastaba para reanimar los corazones, que la ausencia forzosa de Oudinot y de Legrand había afectado. Haciendo que le siguiera Claparede y guiando las reliquias de su cuerpo, dedicóse primero á sostener á Maisón y á Legrand, luego ayudó á rechazar la cabeza de las tropas de Tchitchakoff sobre su cuerpo de batalla. Más despejado el terreno hacia aquel paraje permitía ataques en línea. Ney previno á Doumerc que estuviera pronto á cargar con sus coraceros á la derecha, y dispuso sus columnas de infantería de manera de cargar personalmente á la bayoneta, ora por el centro, ora por la izquierda. Entretanto emprendió un fuego violento de artillería sobre las masas rusas pegadas á la parte más espesa de los bosques. Impaciente Doumerc por aprovechar la coyuntura, descubrió sobre la derecha seis ó siete mil rusos de infantería veterana (la que hacía tres años que combatía á los turcos), apoyados por una línea de caballería, y tomó sus disposiciones para cargarlos. A fin de asegurar sus flancos, mientras se empeñara en la pelea, situó su caballería ligera á la derecha, el 4.º de coraceros á la izquierda, y después lanzó el 7.º sobre la infantería rusa y se puso en aptitud de sostenerla con el 14. Dubois, coronel del 7.º de coraceros, animó á sus soldados, diciéndoles que la salvación del ejército dependía de su valor, de lo cual no le costó trabajo de persuadirles, y cayó al galope sobre la infantería rusa formada en cuadro. Tan violenta fué la carga que, á pesar de un fuego de fusilería de los más nutridos, roto el cuadro dió entrada á nuestros jinetes. Cayendo éstos entonces sobre los infantes desmenuados, se dieron á acuchillarlos con sus largos sables. En el mismo instante acudió Doumerc con el 14 de coraceros para impedir que se reformaran las líneas rusas, mientras el 4.º contenía hacia la izquierda á la caballería contraria, y la caballería ligera la contenía por la derecha. De esta suerte se cogieron unos dos mil prisioneros, además de mil hombres heridos de sablazos. A su turno hizo Ney que avanzara su infantería. Apeándose el heroico Maisón del caballo, echó mano de un fusil, cargó á la cabeza de sus infantes, destrozó á los rusos, y los obligó á replegarse á la espesura de los bosques. Ney, que dirigía el combate, dispuso que la persecución se continuara hasta la extremidad de la selva de Stakou, á mitad de camino entre Brill y Borisow. Allí, delante de un barracón, que separaba las dos huestes, hizo alto y sostuvo un cañoneo para terminar la jornada. Pero ya no había peligro alguno de ser forzados por aquella parte y estaba asegurada la victoria. Además de tres mil prisioneros perdieron los rusos cerca de tres mil hombres entre muertos y heridos.

Divulgada á las espaldas esta fausta nueva, excitó allí las aclamaciones de la joven y la vieja guardia, disponibles desde este momento para llevar socorros al otro lado del Berezina, si un peligro apremiante llegaba á exigirlo. Allí era encarnizada la pelea, pues Víctor, con nueve ó diez mil combatientes, embarazado por diez ó doce mil rezagados y una porción de bagajes, hacía cara á más de cuarenta mil enemigos.

Por fortuna se prestaba á la defensa el terreno á la orilla izquierda del Berezina, que era menester disputar el más largo tiempo que fuera posible antes de abandonarla definitivamente. Tomado había posición el mariscal Víctor al borde de una quebrada bastante ancha, que remataba en el Berezina, y colocado allí á la división polaca de Girard así como á la división alemana y holandesa de Berg. Por su derecha cubría á Studianka y protegía los puentes. Por su izquierda se apoyaba en el bosque, no alcanzándole el número de fuerzas para ocuparlo, si bien situó delante los ochocientos caballos que le quedaban y estaban á las órdenes del general Fournier. Con su artillería de á doce estableció contra los rusos un fuego dominante, y de este modo pudo contenerlos.

El general Diebitch, jefe de estado mayor de Wittgenstein, era quien dirigía el ataque, ya muy vivo desde que apuntó la aurora. Queriendo el general ruso, después de un fuerte cañoneo, desembarazarse de la izquierda de los franceses, compuesta de la caballería de Fournier, la hizo atacar por numerosos escuadrones, que, situados en el nacimiento de la quebrada, no tenían que superar grandes obstáculos para venírseles encima. Cargando á su vez el general Fournier con el brío más extremado, logró repeler á la caballería enemiga, aun siendo triple ó cuádruple que la nuestra, y hasta pudo lanzarla más allá de la quebrada. Atacando al mismo tiempo los cazadores de la infantería rusa á nuestra derecha, bajaron á lo hondo de la quebrada, se apostaron entre los matorrales y facilitaron al general Diebitch el medio de establecer una fuerte batería, cuyos disparos pasaban por encima de nuestra derecha hasta llegar á los puentes, junto á los cuales se agolpaba espantada una masa de rezagados y de bagajes.

Receloso el mariscal Víctor por este lado de su línea, pues á la defensa de los puentes se debía aplicar sobre todo, lanzó muchas columnas de infantería para apartar de allí las baterías rusas, al par que, echando de ver el peligro la guardia imperial desde la otra margen del Berezina, dispuso algunos cañones para contrabatar á la artillería enemiga. Durante algunas horas cruzóse así una granizada de balas de una orilla á otra, y muy cerca de los puentes, que recibían parte de los proyectiles rusos.

No hay que decir cuán espantosa confusión se produjo entonces entre la muchedumbre de los que habían descuidado pasar los puentes, ó de los que para aprovecharse de ellos habían llegado muy tarde. Ignorando unos y otros que el primer puente estaba reservado para los peones y los jinetes, y el segundo para los carros, se amontonaban con impaciencia delirante hacia la doble avenida. Situados los pontoneros á la cabeza del de la derecha véíanse en la necesidad de rechazar á los carros y de señalarles el puente de la izquierda, construído cien toesas más abajo. Cabía aflojar si fuera sólo asunto

de consigna, pero era cosa de necesidad absoluta, porque el puente de la derecha era incapaz de sostener los carros.

Obligados á retroceder camino los infelices conductores, no podían romper sino con gran trabajo la columna que les apretaba, y su esfuerzo para volver atrás, opuesto al de los que se afanaban por ir adelante, producía una espantosa lucha. Echándose á un lado los que lograban librarse del conflicto de estas dos corrientes contrarias, hallaban allí otra masa no menos compacta, la que se dirigía al puente de los carros. Tanta era el ansia de llegar á los puentes que muy luego acabaron por inmovilizarse unos á otros. Cayendo en medio de esta masa compacta las balas del enemigo trazaban allí horribles surcos, y arrancaban gritos de terror á las pobres mujeres, cantineras ó fugitivas, que iban dentro de los carros con sus hijos. Se apretaban, se atropellaban, se subían los más fuertes sobre los más débiles y los aplastaban debajo de sus plantas. Tan enorme era la apretura que los jinetes corrían peligro de ser sofocados al par que sus caballos. De vez en cuando algunos de éstos se desbocaban furiosos, derribaban y apartaban á la muchedumbre, y por un momento se abrían un claro á fuerza de echar por tierra á infelices. Pero al punto se rehacía la masa no menos espesa, flotante, y lanzando gritos horrosos bajo las balas (1). ¡Espectáculo atroz y propio para hacer odiosa y por siempre execrable aquella expedición insensata!

El excelente general Eblé, á quien desgarraba el corazón este espectáculo, quiso restablecer algo de orden, bien que sin fruto. Colocado á la cabeza de los puentes procuraba hablar á la muchedumbre, con el fin de desembarazar al menos á los más cercanos y facilitarles el paso del río; pero sólo había medio de hacerse oír á bayonetazos, y sólo arrancando algunas víctimas, mujeres, niños ó heridos, se lograba traerlos hasta la entrada del puente. Esta especie de resistencia, que por exceso de afán se oponían unos á otros, fué causa de que no pasaran la mitad de los que pudieran haber pasado. Cansados muchos de aquella lucha, se tiraban al agua, otros eran allí arrojados por la muchedumbre, y se ahogaban procurando pasar á nado. Otros, probando á pasar por encima del hielo, rompíanlo con sus plantas, flotaban sobre el agua algún tiempo, y después eran arrastrados por la corriente. Este conflicto horrible, después de durar todo el día, lejos de ir á menos, se acrecentaba á cada vaivén de la lucha empeñada entre Víctor y Wittgenstein.

Víctor, que desplegó el más noble denuedo en esta jornada, viéndose próximo á ser forzado sobre su derecha, lo cual produjera una tremenda catástrofe hacia los puentes, resolvió intentar un ataque furioso contra el centro del enemigo. Desde luego lanzó una columna de infantería al barranco, mientras el general Fournier renovaba sobre la izquierda una vivísima carga de caballería. Recibiendo súbito á nuestros infantes el fuego de cuarenta cañones, se dispersaron en el fondo de la quebrada, bien que sin darse á la huída, se repartieron como tiradores entre los matorrales, se sostuvieron allí y hasta ganaron algo de terreno á los rusos. Aprovechán-

(1) Hablo á tenor de relaciones manuscritas, que tengo en mis manos y son dignas de toda confianza. (N. del A.)

dose el mariscal Víctor de esta circunstancia, lanzó una nueva columna, que se precipitó al barranco, trepó al opuesto borde en formación correcta, acometió á la línea rusa, y forzóla á que retrogradara. Ejecutando al propio tiempo el general Fournier la postrera carga de caballería, apoyó este movimiento y lo hizo decisivo. Rechazada desde entonces la artillería rusa, cesó de excitar el desorden junto á los puentes con sus balas.

Pero no queriendo el general Diebitch darse por batió, rehizo su línea tres veces más numerosa que la nuestra, volvió á la carga, y repeliónos más acá del barranco, que vino á ser límite de los dos ejércitos á pesar de todo. Por fortuna comenzaba la noche, que separó pronto á los combatientes agotados de fuerzas. De setecientos á ochocientos caballos apenas conservaba el general Fournier trescientos; de ocho á nueve mil infantes apenas conservaba cinco mil el mariscal Víctor; y de todos aquellos valientes, holandeses, badenses, polacos sobre todo, que así se habían sacrificado, y de los cuales gran número pudieran salvarse por estar sólo heridos, dolía decir que ni uno solo podía ser puesto en salvo por falta de medios de transporte. Expuestos en mayor masa al fuego de nuestra artillería los rusos, perdieron de seis á siete mil hombres. De consiguiente esta doble batalla á las dos márgenes del Berezina costó de diez á once mil hombres á los rusos, sin contar los tres mil prisioneros cogidos por el general Doumerc. Pero se salvaban sus heridos, y por el contrario los nuestros eran sacrificados de antemano, y con ellos eran sacrificados los rezagados, habiendo ya que desesperar de hacerles pasar en tiempo útil el Berezina.

Sobreviniendo la noche trajo algo de calma á aquel lugar de confusión y de carnicería (2). Aunque apenas habíamos escapado de un desastre espantoso, y como por milagro, pues se necesitaba abstraerse á tres ejér-

(2) Mr. de Boutourlín supone que hubo cinco mil muertos ó heridos por parte de Oudinot y de Ney y cinco mil del lado del mariscal Víctor. Estos guarismos son exagerados. Cuatro mil hombres de los de Víctor y tres mil de Oudinot y de Ney son la verdad aproximada. Pero las pérdidas del enemigo fueron mucho mayores, pues fuera del número harlo más considerable de hombres que matamos á los rusos, les hicimos por mano del general Doumerc alrededor de tres mil prisioneros. Mr. de Boutourlín dice que perdimos sólo de los pertenecientes al cuerpo del mariscal Víctor, inclusa la división de Partouneaux, no menos de once mil prisioneros. Ahora bien: al llegar el mariscal Víctor á Studianka no conservaba más que trece ó catorce mil hombres con la división de Partouneaux y todo. De ella perdió dos mil hombres en el fuego, cuatro mil de las divisiones de Girard y de Daendels, y cinco mil puso en salvo. ¿Cómo había de dejar once mil soldados en manos de los rusos? Estas son exageraciones evidentes. Los rusos cogieron al general Partouneaux como dos mil hombres, algunos centenares á los generales Girard y Daendels, que juntos á los seis mil perdidos en el fuego por las tres divisiones y á los cinco mil puestos en salvo suman los trece ó catorce mil hombres del cuerpo del mariscal Víctor. Los supuestos prisioneros hechos por los rusos evidentemente no fueron más que rezagados recogidos por los caminos. También los rusos han hablado de doscientas bocas de fuego tomadas en el Berezina. Doscientas veinte pretendieron haber ganado en Krasnoe, doscientas en el Berezina, cuatrocientas entre todas. Ahora bien: sólo doscientas fueron las sacadas por Napoleón de Esmolensko. Según la relación verídica de los pontoneros, ni un solo cañón quedó al otro lado del Berezina. A rezagados hallados por los caminos dieron los rusos el carácter de prisioneros cogidos sobre el campo de batalla, y á los carros de bagajes el de cañones ganados en la pelea. No de otro modo se explican las exageraciones de Mr. de Boutourlín que acaban de ser citadas. (N. del A.)

ritos perseguidores por entre un río medio helado, lo cual era la peor de las condiciones; aunque todavía tuviéramos empeñada la cola de nuestra columna en las manos del enemigo, abrigábamos el sentimiento de un verdadero triunfo sangriento y doloroso, triunfo ganado á costa de muy crueles sacrificios, pero triunfo al cabo y uno de los más gloriosos de nuestra historia, pues de los veintiocho mil hombres que así peleaban contra setenta y dos mil á caballo sobre un río, ni uno solo debió escaparse. De este modo, tal como era nuestra desventura, se podía calificar de prodigio.

Así lo conocían nuestros soldados, y en medio de aquel desastre, de cuya pérdida material participábamos con los rusos, siendo toda la confusión para ellos, creyó Napoleón volver á encontrar la grandeza de su destino, ya que no su pujanza. Sin embargo, al día siguiente había que volver á empezar, no la retirada, sino la fuga. Con efecto, se necesitaba arrancar de manos del enemigo los cinco mil hombres que aún le quedaban al mariscal Víctor, su artillería, sus parques, y cuantos se pudieran de los infelices que no supieron aprovecharse de los puentes durante los días anteriores. Napoleón previno á Víctor que aquella noche se trasladara á la margen derecha del Berezina, y se llevara su artillería, é hiciera desfilarse á la mayor parte de los hombres desbandados, que todavía se hallaban á la margen izquierda.

¡Singular flujo y reflujo de la espantada muchedumbre! Mientras el cañón tronaba, todos querían efectuar el paso, sin que lo pudieran conseguir á fuerza de quererlo. Cuando vino con la noche el silencio de la artillería, no se pensó más que en el peligro de atropellarse, peligro de que tan cruel experiencia se había hecho durante el día; y se alejaron de la escena de horror que presentaba el punto del paso, con el fin de cederlo, según se decía, á los impacientes; de suerte que la dificultad iba á consistir ahora en forzar á aquellos infelices á que desfilaran antes del incendio de los puentes, que era menester destruir á la otra mañana, si se había de tomar algo de delantera al enemigo.

Pero la primera diligencia era limpiar las avenidas de los dos puentes de la masa de hombres y de caballos muertos, por la sofocación ó por las balas, de carros rotos y de embarazos de todas clases. Según el lenguaje de los pontoneros había que practicar una especie de trinchera en medio de cadáveres y de restos de carros. Con sus pontoneros emprendió el general Eblé esta tarea tan ardua como dolorosa. Se recogían los cadáveres y se echaban á un lado, se arrastraban los carros hasta el puente, y desde el tablero se arrojaban seguidamente al río. No obstante, aún quedaba una masa de cadáveres de que no pudieron ser desembarazadas las avenidas de los dos puentes. Forzoso era, pues, andar al paso por encima de aquellos cuerpos y por medio de la carne y de la sangre.

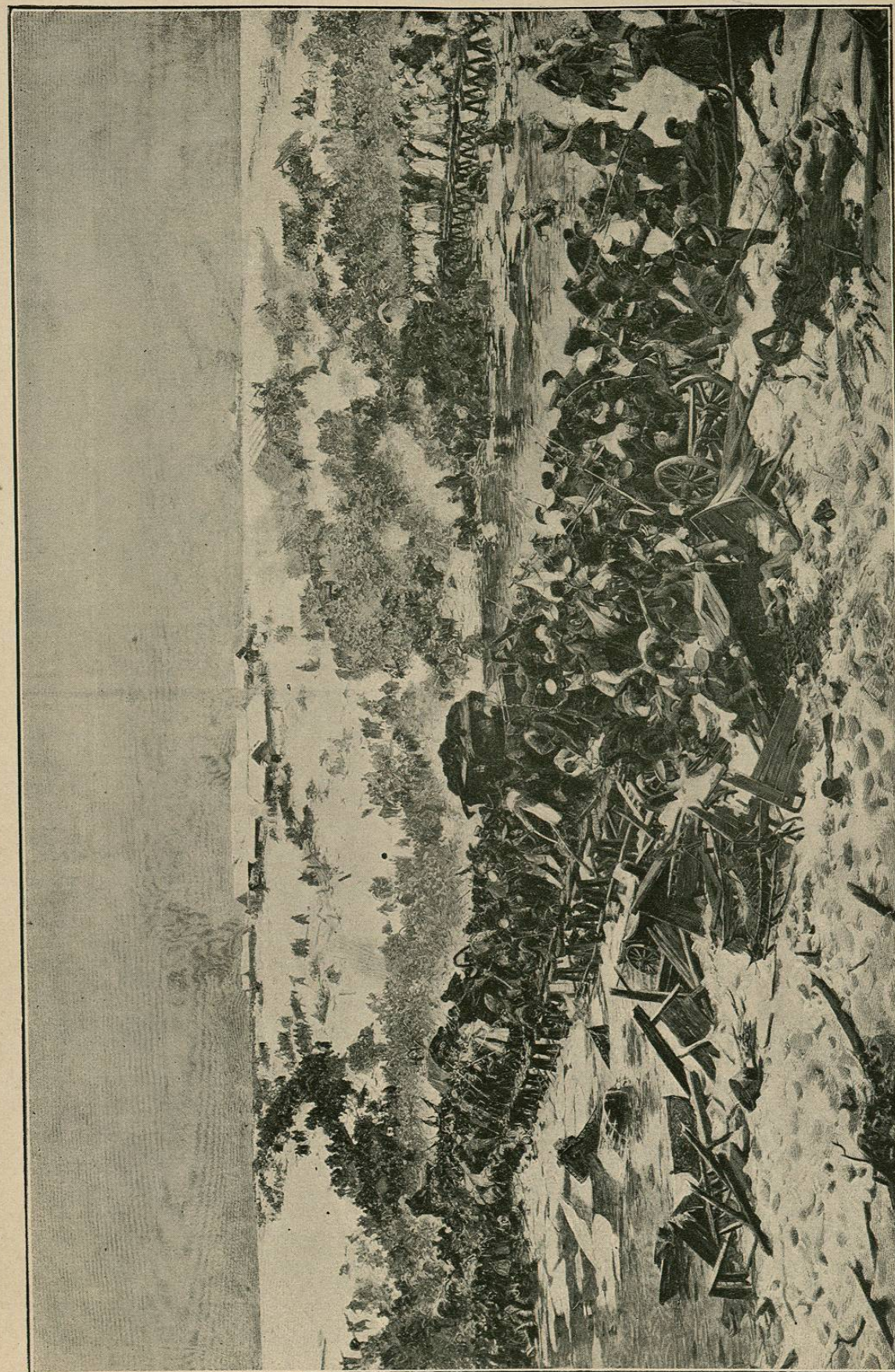
Desde las nueve hasta las doce de la noche cruzó el mariscal Víctor el Berezina, recatándose del contrario, harto fatigado para que pensase en perseguirnos. Por el puente de la izquierda hizo desfilarse su artillería, su infantería por el de la derecha, y logró trasladar toda su gente y todo su material á la orilla derecha del Berezina, excepto los heridos y dos bocas de fuego. Operado el paso puso en batería sus cañones, á fin de con-

tener á los rusos y de impedirles que cruzaran los puentes detrás de nosotros.

Aún quedaban por pasar muchos miles de rezagados, desbandados ó fugitivos, que durante el día lo ansiaban de sobra, y no de noche, ó al menos lo dilataban para la otra mañana. Habiendo prescrito Napoleón que tan luego como despuntara la aurora se destruyeran los puentes, envió á decir al general Eblé y al mariscal Víctor que emplearan todos los medios para acelerar el paso de aquellos infelices. Personalmente fué el general Eblé á sus vivaques, acompañado de muchos oficiales, y les exhortó á que cruzaran el río, afirmándoles que se iban á destruir los puentes. Todo en vano. Tendidos por el suelo sobre paja ó sobre ramas de árboles, en redor de grandes hogueras devorando algunos trozos de caballo, unos temían la grande afluencia y con especialidad durante la noche, otros la pérdida de un vivaque seguro por uno dudoso; y con el frío que hacía, una noche sin fuego y sin descanso era la muerte. Varios vivaques mandó incendiar el general Eblé para despertar á aquellos pertinaces, entorpecidos por el frío y por la fatiga, pero sin fruto. Hubo, pues, que ver transcurrir toda una noche, sin sacar provecho tantos desdichados de la existencia de los dos puentes, que debía de ser tan corta.

Al asomar la aurora del día 29, recibió orden el general Eblé de destruir los puentes á las siete de la mañana; pero aquel corazón, tan humano como intrépido, no se podía decidir á ponerlo por obra. De antemano había hecho colocar sobre el tablero las materias incendiarias, para que se pudiera prender fuego á la primera aparición del enemigo, y entretanto lograran pasar los morosos. Habiendo estado también de pie aquella noche, que era la sexta, mientras sus pontoneros tomaron todos los días algo de reposo, encontrábase allí esforzándose para acelerar el paso y enviando á decir á los que se retardaban que era menester darse prisa. Mas, siendo ya de día, estaba de más estimularlos, pues, convencidos demasiado tarde, todos se mostraban diligentes. Se iba desfilando á pesar de todo; pero el enemigo se hallaba frente por frente sobre las alturas. El general Eblé, que, según las órdenes del cuartel general, debía haber destruído los puentes á las siete de la mañana lo más tarde, dilatólo hasta las ocho. A esta hora, las órdenes reiteradas, la vista del enemigo, que se aproximaba, todo en fin le imponía el deber de no perder instante. Sin embargo, como estaba allí la artillería del mariscal Víctor para contener á los rusos, fué á situarse en persona detrás de los puentes, y detenía la mano de sus pontoneros, con el fin de salvar algunas más víctimas si era posible. En este momento su alma, tan buena como ruda, padecía cruelmente.

Por último, habiendo esperado hasta cerca de las nueve, llegando el enemigo á pasos acelerados, y no pudiendo ser ya útiles más que á los rusos aquellos puentes, si se dilataba destruirlos, determinóse á prenderlos fuego, con el corazón traspasado y apartando los ojos de escena tan espantosa. De seguida torrentes de llamas y de humo envolvieron á los dos puentes, y los infelices que estaban encima de ellos se precipitaron para no ser arrastrados en su caída. Del seno de la muchedumbre, que aún no había pasado, salió un grito de desesperación de repente: lágrimas y gestos convulsivos



EL EJÉRCITO DE NAPOLEÓN I PASANDO EL BEREZINA, fragmento del panorama pintado por J. Falat